

UN BESO TARDÍO

I

Lucas y Washington vivían en el Barrio Latino. Se conocieron siendo pequeños y eran amigos del alma. Tenían 19 años. Asistieron juntos a la escuela primaria. Los padres de Lucas están en permanente conflicto desde que se separaron hace 6 años. Los de Washington viven juntos aunque la violencia verbal y física entre ellos es cotidiana.

Los chicos han tenido trabajos esporádicos de los que han sido despedidos por conducta inapropiada, generalmente de carácter violento. Tanto Lucas como Washington alternan el tabaco y el alcohol con porros de marihuana y ocasionalmente hashis.

Tras un pacto implícito han decidido asociarse para delinquir. Lo han hecho con éxito dedicándose al hurto callejero a desprevenidos y a veces al robo "al paso" en comercios de un barrio residencial de la ciudad.

Washington se dedicó a aprender un método que le permitiera detectar pisos cuyos ocupantes estén temporariamente ausentes.

Lucas hizo un "curso" de cerrajería cuyo "maestro" era un ex preso salido de la cárcel hacía 1 año. Los amigos planearon dedicarse a robos en pisos circunstancialmente deshabitados.

El padre de Lucas es prestidigitador. Este parece ser el motivo por el que su hijo aprendió desde pequeño a utilizar sus manos con habilidad.

La mamá de Washington fue policía en su juventud. Después de 10 años de servicio fue exonerada tras un episodio nunca aclarado en el que murió apuñalada una compañera.

Desde pequeño Washington buscaba una explicación al cuchillo de cocina que su mamá guardaba en el cajón de su mesita de luz. En los dos últimos años pudo comprobar el cuchillo encima de la mesita algunas tardes. Justamente aquéllas que precedían a las noches en que su mamá cerraba la puerta del dormitorio. Esas noches Washington simulaba dormirse temprano lo que le permitió percibir con claridad los sonidos del sexo de sus padres.

Hace unos 6 meses comprobó 3 gotas de sangre en el baño, a la mañana siguiente de una de esas noches. Sangre que por la tarde ya no estaba.

No ofreció ninguna dificultad la primera puerta limpiamente violada. El botín, obtenido durante la mañana de un día laborable, no fue extraordinariamente afortunado pero tampoco despreciable. La venta de algunas joyas, electrónicos pequeños y dos antigüedades junto con 200 dólares del fondo de un jarrón ajado, fueron suficientes para la orgía nocturna del sábado.

Dos prostitutas sajonas y un catering de buen nivel fueron los principales ingredientes de la fiesta que tuvo lugar en un piso alquilado, de cierto lujo.

Lucas, Washington y sus dos ocasionales acompañantes comieron, bebieron, fumaron, se inyectaron y copularon hasta la extenuación. Luego durmieron a pesar de la música que seguía emitiendo un aparato programado con varios CD.

Washington nunca abandonaba una Victorinox de las más completas, regalo de su mamá cuando cumplió 15 años.

Fue el primero en despertarse a las 2 de la tarde. Entró en el baño, orinó y vomitó. Detuvo la música, se sintió aliviado aunque algo molesto por un dolor de cabeza y cierto grado de ftofobia. Los otros tres dormían plácidamente. La noche anterior habían intercambiado chicas. Con la punta del punzón de su cortaplumas pinchó el culo de una de ellas. El grito despertó a los otros dos y cuando los cuatro se percataron del incidente comenzó una sesión de risas in crescendo que se convirtieron en carcajadas estentóreas. De esa manera los cuatro festejaron la violenta ocurrencia del pinchador. La agredida pudo detener el goteo de la sangre con una simple presión y devolviendo con desventaja la agresión, dirigió una patadita a los testículos de Washington.

Lucas y la otra fueron a preparar café.

Habían pactado desocupar el piso a las 5 de la tarde. Sin embargo a esa hora todavía permanecían allí después de un coito más por pareja. A las 6 de la tarde el de la inmobiliaria tocó el timbre.

Washington abrió la puerta y apenas el hombre comenzó el reclamo, recibió un empujón acompañado de insultos soeces y un portazo en las narices. Con parsimonia y tranquilidad, Washington volvió al salón donde estaban sus compañeros y les dijo que ese hijo de puta no los volvería a molestar.

El lunes Lucas le comentó a Washington que el fin de semana había odiado a Susan y Alice. Más a Susan porque es estudiante de 1er. año en la Facultad de Derecho. La del puntazo en el glúteo

había sido Alice. Washington le dijo a su amigo que sentía una atracción especial por ella.

III

Ese mismo día al atardecer desvalijaron otro departamento. Esta vez el producto fue más cuantioso. Tampoco tuvieron dificultad alguna y estaban seguros de no haber despertado la sospecha de nadie.

Ese fin de semana contrataron una mansión solitaria en la montaña provista de sauna, jacuzzi y otros lujos. Quisieron repetir a Susan y Alice sin lograrlo. Ya que en la agencia les dijeron que ese fin de semana las chicas viajaban a Tailandia acompañando al rusito, dueño del negocio. Esta información aparentemente excesiva por parte del empleado de la agencia, les hizo pensar, con fundamento, que el rusito tenía interés en captarlos como clientes habituales. A cambio de las prostitutas solicitadas, les ofrecieron una negra brasileña y una pelirroja finlandesa. Por esta última debieron abonar un plus. Washington y Lucas aceptaron todas las condiciones de la nueva inmobiliaria y de la agencia de hetairas y pagaron por adelantado con el producto de su último atraco. Aún les sobró algo de dinero que lo repartieron por partes iguales.

El sábado a las 9 de la noche se encontraron con las mujeres en un bar lujoso del centro. Después de un aperitivo para cada uno, pusieron rumbo a la casa rural en un coche robado conducido por Lucas. En esta oportunidad los muchachos llevaron la comida en el maletero convenientemente acondicionada por una empresa de catering distinta de la anterior. Las bebidas y las drogas formaban parte del equipamiento de la mansión.

Durante el viaje Lucas pellizcó reiteradamente a la brasileña. Su amigo infligió reiterados puntazos con su Victorinox a la escandinava. Después de cada puntazo Washington reía con inoportunas y desmesuradas carcajadas ante la mirada de sorpresa y gesto de dolor por parte de su compañera. No obstante la pelirroja esbozó dos o tres sonrisitas conciliadoras. Lucas metió el coche en el garage.

IV

Ninguno de los dos amigos era especialmente seductor. No eran simpáticos ni físicamente muy dotados. Eran muchachos vulgares, más bien parcos y sosos. Esta simpleza – también en la indumentaria - contrastó a los ojos de las prostitutas con el despliegue de recursos económicos para el fin de semana. Sin

embargo la ya larga y diversa experiencia de las chicas las había enfrentado a otros contrastes más sorprendentes e inesperados. Por eso a ninguna de ellas les inquietó y tampoco a ninguna se le ocurrió indagar sobre la cuestión.

Lo primero que hizo Washington al entrar en la casa fue encender todas las luces incluso las de varias lámparas de mesa. Lucas desembarcó la comida y las chicas que se mostraron alegres y bien dispuestas, con un aire de desenfado característico, sirvieron la mesa que adornaron con una estatuilla de metal dorado, obsequio de la empresa de comidas. La pequeña escultura representaba una pareja copulando abrazada por varios ramos de olivo.

V

Una imprudencia hizo que los cuatro bebieran con exceso apenas comenzada la cena. Promediando la comida, el nivel de alcoholemia superaba con creces la posibilidad de razonamientos coherentes. Por eso el espectáculo que se ofrecía hacia los postres era desordenado, caótico, brutal. Una pierna de pato a la naranja asomaba por debajo de la mesa. La palma clara de la negra mano de Gigí cacheteó suave y torpemente una mejilla de Lucas en el preciso momento en que éste se llevaba a la boca una generosa cucharada de tiramisú. El postre helado voló por el aire y se dispersó en 1 metro a la redonda concitando el festejo de los presentes. La música sonaba a todo volumen.

Washington y Dolly se manoseaban mutuamente de manera tosca y con cierto salvajismo. En sus actitudes había poco sexo y muchos gestos de agresión. La mirada fría e inexpresiva de la finlandesa chocaba con los ojos vidriosos de parpadeo poco frecuente de su compañero. Estaban sentados en el suelo en un rincón muy iluminado. Por eso los otros dos pudieron apreciar cada detalle de los intercambios de la pareja.

Al incorporarse, Lucas tropezó accidentalmente con el cable de una lámpara que cayó al suelo. Se produjo un fogonazo y tras el cortocircuito se hizo la oscuridad, se detuvo la música y nadie dijo una palabra. Washington sacó de su bolsillo una linternita que guardaba junto a su Victorinox y se la extendió a Lucas quien inmediatamente desenchufó la lámpara y se dirigió al hall de entrada para activar las llaves térmicas. Volvieron la luz y la música. Dolly profirió una exclamación gutural de inusitada potencia sonora a manera de expresión de alivio. Washington aplaudió con torpeza. Gigí rió con fuerza durante unos minutos y Lucas levantó sus brazos en señal de triunfo. El mantel de hilo mostraba una gran

mancha de aceite. Una copa de vino se había volcado sobre el almohadón de cuero de uno de los sillones por lo que el líquido se derramó sobre el suelo formando un charquito en una imperceptible concavidad del parquet. De uno de los brazos de la araña sobre la mesa, pendía una servilleta roja que iluminada de cerca por una de las lamparillas, constituía una verdadera señal de peligro.

Lucas regresó al lado de la negra que lo recibió semidesnuda con los brazos y piernas abiertos. Sobre una alfombra persa, una mesita ratona con un florero tumbado y el agua derramada. La cortina de gobelino que cubría una angosta arcada que separa el hall de entrada de la sala de estar, estaba arrancada parcialmente de su soporte. El cristal biselado de una pequeña puerta de un mueble de roble estaba quebrado. Los fragmentos de varias copas de champagne estaban esparcidos. Un espejo oval también biselado lucía un impacto certero en el centro, de salsa densa de tomate. Una fina cortina de tul flameaba a favor de una brisa que soplaba através de la ventana abierta y la persiana semilevantada. Una brisa caliente de pleno verano. El aire acondicionado no se había reactivado después del cortocicuito. Los cuerpos ya estaban profusamente sudados.

Un tema de rock duro, muy sincopado y machacón resonaba como marco musical casualmente apropiado. Un gran cristo crucificado de madera finamente tallado con incrustaciones policromáticas de piedras, parecía presidir – paradójicamente – aquella escenografía pagana y pecadora. Un cristo cuya mirada de sufrimiento podría interpretarse, dadas las circunstancias, como implorando y al mismo tiempo exigiendo la conclusión de la bacanal. Consecuencia indudable de la maldad de algún judas traidor.

VI

Nadie tenía noción del tiempo transcurrido. En un momento determinado, en plena fumata de los cuatro, se miraron mutuamente y el gesto elocuente de Washington los hizo ponerse de pie y encaminarse a las habitaciones. Antes de entrar cada pareja a su correspondiente dormitorio hubo un intento por parte de Washington de quedarse con la brasileña. La firme actitud amenazante de Lucas, lo disuadió rápidamente y tras una palmadita en el culo a su pareja, entró resignado con Dolly.

Gigí y Lucas se tumbaron pesadamente en la cama y no copularon. Sus cuerpos resbalaron con lentitud uno sobre el otro y al cabo de unos minutos ambos dormían echándose el aliento mutuamente.

Dolly y Washington lo intentaron aunque tampoco lo lograron. Eran en verdad dos piltrafas humanas. Fláccidos, sudorosos y obnubilados. Dolly se durmió. Washington se resistió al sueño y rezó pidiendo una erección urgente que no le fue concedida. Bramó de rabia e impotencia sin ser escuchado por nadie. Se acercó a la ventana de la habitación, sacó la cabeza para recibir un poco de aire fresco. La brisa caliente lo enfadó aún más. La luna llena le permitió ver a una yunta de equinos intentando procrear. Se volvió y miró el cuerpo yacente de su compañera parcialmente brillante por la luz de la luna que penetraba en el recinto. La odió con toda su alma. Sin saber porqué. Recordó el odio de su amigo la semana anterior.

El odio y la violencia eran elementos familiares de la vida doméstica de Washington desde el comienzo de sus recuerdos infantiles. Se agregaba a esto su afición, estimulada por su madre, por los programas televisivos de acción, sexo y violencia. Esa carga de casi 20 años invadió como una infección fulminante, todo su ser aquella madrugada de alcohol, droga e impotencia.

VII

Repentinamente vino a su memoria un episodio ajeno a todo aquello : el horror que le produjo su propia sangre durante una donación para un pariente. Después de aquéllo siempre se preguntó si ese mismo horror le acometería ante la visión de sangre ajena. Nunca tuvo oportunidad de comprobarlo. Ahora sentía una fuerte compulsión por dar respuesta al interrogante. Su propia historia, la circunstancia, su odio, su bronca y el deseo cada vez mayor de la comprobación, allanaban el camino del asesinato. Un camino teñido de sangre ajena. Fijó la mirada en el cuerpo blanco de la finlandesa. Cerró los ojos y al abrirlos un minuto después, vió cómo manaba sangre a borbotones del cuello de la mujer. No se horrorizó y quiso mojar sus dedos con esa sangre, cosa que no logró. Confusamente dedujo que una alucinación lo había atrapado y engañado. Su mano se posó nuevamente sobre el cuello de Dolly y Washington pudo comprobar fácilmente el pulso carotídeo. Salió del dormitorio y entró sin avisar al de su amigo. Dormían boquiabiertos, respirando ruidosamente. Quiso asesinarlos con el mismo pretexto que un rato antes le había provocado la alucinación. Sacó su Victorinox y pretendió hundir su punzón agudo en el cuerpo de su amigo. Al cabo de unos instantes se percató de que había rasgado la sábana que cubría el colchón en la zona que separaba a las dos personas acostadas.

Sintió desilusión y rabia por su impericia. Ahora el mayor odio era hacia su madre y hacia sí mismo. Sacó una foto carnet de su mamá que guardaba en la cartera y la rompió. Lanzó los fragmentos al aire e inmediatamente se puso a recogerlos con prolijidad para recomponer la foto. Una vez lograda la imagen completa, la separó en dos mitades similares. Una mitad la pegoteó con el sudor al cuerpo de Gigí cuidando que todos los fragmentos tuvieran la imagen visible. Hizo lo mismo con la otra mitad sobre el cuerpo de Dolly. Guardó el cortaplumas. Se dejó caer al lado de su compañera y procuró dormir sin lograr conciliar el sueño. Tuvo la idea de terminar con todo recurriendo a un cuchillo de la cocina. Se le había disparado el mecanismo del asesinato. Sabía que quería asesinar, que lo necesitaba. Por fin pudo dormirse. Durante el sueño vió la foto fragmentada de su madre a quien pidió perdón. Vió también su propia imagen : tenía un puñal en la mano. El sueño se convirtió en pesadilla : hundió reiteradamente ese puñal en el cuerpo de su amigo y en el de las dos mujeres. Vió sangre a chorros. Sendos charcos rojos en ambos dormitorios. Vió exhalar el último suspiro a cada uno en forma sucesiva. Y vió sin horrorizarse, cómo después de morir mermaba el flujo sanguíneo. Intentó en sueños un acto de necrofilia que tampoco pudo consumir. Este intento lo llevó a empujar levemente a Dolly quien se despertó y al ver a su compañero dormido a su lado, lo besó con algo de pasión. El beso a su vez despertó a Washington que en ese instante comprendió el drama de su vida. La semana anterior no lo habían besado. En realidad no recordaba cuándo lo habían besado por última vez. Seguramente hacía mucho tiempo. Le pidió a Dolly que lo besara otra vez. No en la boca, quiso un beso en la mejilla. Y luego otro y otro. Él le devolvió un beso tierno. Dolly murmuró gracias. Y él respondió con otro beso. Se durmieron abrazados.

VIII

A media mañana se levantaron Lucas, Gigí y Dolly. Washington no estaba en la cama. Lo encontraron en la cocina degollado, con un cuchillo sobre la palma abierta de su mano derecha. Gran cantidad de sangre caliente brotaba de la yugular izquierda de Washington. La policía no tuvo dudas sobre el suicidio.